Y de repente

Y de repente

José Joaquín Lucas Ñíguez

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: junio 2026

Depósito legal: SE 2333-2026

ISBN: 979-13-7060-190-4

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: José Joaquín Lucas Ñíguez

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Índice:

El monstruo de hierro 13

El secreto 17

Despedidas 23

La novia 31

El bar 35

La infancia 43

Gente absurda 47

Morir o que te mueras 53

Vamos viendo 55

Despedidas 57

El videoclub 59

Voz interior 63

Vanilla 67

Videojuegos década de los 80 73

El balneario 79

¡Ay, mamma! 83

Juego ridículo de animalitos 85

Un loco y un payaso,
pero también un genio 91

Queridos amigos 95

El concepto 105

Las puertas de la infancia 121

La Luz 139

La despedida 153

Y de repente…

Todo lo que tenías planeado deja de tener sentido. Todas tus expectativas resultan ser ridículas, los sueños, esos sueños que guardabas en un cajón para el siguiente verano, ya nunca saldrán de ese puto cajón absurdo consecuencia del miedo. De repente, tú que, como casi todo el mundo, te considerabas inmortal y protagonista, descubres que el dolor de cabeza es cada vez más agudo y cada vez más largo. Descubres que la medicación genérica que te receta una doctora agotada no calma nada la sensación de que en el interior de tu cráneo alguien, o algo, está cosiendo con agujas un pañuelo ilógico. De repente, comienzas a ver un poco peor, casi ni te das cuenta, porque la memoria o la autoobservación nunca han sido lo tuyo, pero lo cierto es que se ha instalado una especie de neblina entre tus ojos y una realidad densa, informe, que parece querer alejarse, aunque tú no te muevas. Y una noche, después de una vigilia insoportable, arrancas el coche y arrastras tu sombra con ojeras al hospital más cercano, y esperas siete horas a que una médica, que parece tener quince años, te haga unas pruebas de mecánica infantil, unas preguntas de segundo de EGB y te despache con dos pinchazos en tu culo para que el dolor se calme durante los próximos cuatrocientos cincuenta y dos minutos y después Dios dirá.

Y Dios decide no decir nada, y al día siguiente el dolor continúa, en realidad, empeora hasta que ya no puedes dejar de pensar en otra cosa que en ese dolor que te acribilla el cerebro con balas desesperadas. Y entonces decides, de nuevo, arrancar tu viejo coche de casi veinte años, volver a ponerte en la cola en urgencias de un hospital que la administración está destartalando, y tras doce

horas, una doctora que todavía quiere ser doctora te realiza un TAC de la cabeza y cuando te llama, para interpretarte ese dibujito, no está ni alegre ni triste, ni todo lo contrario. Te dice que no es un derrame, y eso parece ser positivo, pero que hay una mancha, una lesión de nueve milímetros en el lado del cerebro donde se clavan esos alfileres temerarios. Y que no se ve del todo bien en el TAC y que va a solicitar, por vía preferente, una resonancia magnética y te receta, otra vez, medicación genérica para el dolor, y cuando le preguntas, pero qué significa exactamente esa mancha, te responde que es una lesión, pero que no se ve claro, que hay que esperar a los resultados de la resonancia, y cuando vuelves a preguntarle si es grave o parece grave o coño, dime algo, que es mi vida, y yo me veía vivo hasta los noventa años y, de repente, mi vida puede durar quince días y, además, desear que dure menos, porque el puto dolor de cabeza es insoportable, y no me permite otra cosa que ser un dolor de cabeza durante veinticuatro horas al día, y entonces, la doctora te mira con cierta compasión, a mí me parece que es una mirada de compasión, aunque también puede ser pena, y te responde que no lo sabe, que es una lesión pequeña, pero no se sabe qué es.

No se sabe qué es, una lesión en el cerebro que no se sabe qué es. Y así, casi sin darme cuenta he pasado de pensar, de sentir que era casi inmortal a convertirme en una persona enferma, con un dolor agudo, inexplicable e insoportable en el lado izquierdo del cerebro. Todo lo que pensaba que iba a ser, que podía ser, se convierte en un sucio signo de interrogación y apenas puedo pensar en otra cosa que en no infringir sufrimiento a la gente que me quiere. En mi maltrecho cerebro comienzo a idear estrategias para que el dolor se quede en el interior de mi cráneo y no se proyecte sobre los humanos que me quieren, o yo creo que me quieren. ¿Cómo explicar esa intuición de que tengo los días contados a una novia prácticamente perfecta, a un padre que lleva

con los días contados más de trece años, a una madre tendente a las tragedias, a unos hermanos que me aprecian lo suficiente como para no cambiarse de acera cuando coincidimos por la calle? ¿Cómo explicar a mis enemigos que me van a ver pasar con los pies por delante antes de tiempo? ¿Qué escribirle a mi mejor amigo para que lea, en el tanatorio y entre lágrimas, unas últimas palabras antes del olvido total? ¿Cómo despedirme sin que el dolor se propague, al menos, unas semanas, entre la gente que una vez me quiso, que quizás, todavía me quiere? ¿A quién regalar el privilegio de quedarse con todos los cómics que he guardado desde la infancia, para recordar precisamente, la infancia? ¿Para quién mis veinte mil libros antiguos y otros tantos recién comprados, que nunca veré envejecer? ¿Quién cuidará de la colonia de gatos que se ha ido multiplicando exponencialmente y que ocupa casi toda mi casa? ¿Tenía que ser justo ahora cuando me llegase la hora, justo ahora? Mis abuelos habían cambiado de barrio cumplidos los ochenta años, mis tíos habían alcanzado la tierna edad de nueve décadas, y yo, que nunca he fumado ni casi bebido alcohol, ni practicado sexo sin amor, de repente, me iba a largar con apenas los cincuenta cumplidos.

En realidad, no sabía cómo afrontar esta noticia. Estaba convencido de que, en unos días, alguien pondría fecha de caducidad a una vida no vivida precisamente con la intensidad necesaria.

El monstruo de hierro

La máquina es un armatoste del futuro. En realidad, aparenta ser un armatoste del futuro con unas líneas delicadas y modernistas. Toda blanca, impoluta y sin una mota de polvo. Todo el mundo ha sido muy simpático y me han ido desplazando con sonrisas aparentes, hasta esta habitación. Una joven, casi una niña, me explica que la prueba durará veinticinco minutos, que me va a colocar un casco, que la prueba es con un contraste que me inyectará en vena durante los últimos cinco minutos, que puedo respirar y tragar, pero que no debo moverme lo más mínimo, que si me agobio apriete esa cosa que me pone en la mano, que la máquina hace ruido y que vamos allá. Y yo pienso que veinticinco minutos no son nada y que esa prueba la supero sin darme cuenta, prácticamente pienso que esa máquina me puede comer los huevos, pero no lo verbalizo por respeto. Y de golpe, cierro los ojos porque presiento que la resonancia magnética me podría dejar ciego, y el cacharro comienza a sonar como un módem de los noventa, pero a máximo volumen y dentro de las orejas.

Pretendo no hacer caso de ese ruidito casi insoportable y pasan algunos minutos pero, de repente, noto que las venas del cráneo me van a estallar, el corazón se me acelera a un paso del infarto, trato de respirar con naturalidad, imagino que estoy meditando, pero el ruido y un extraño calor dentro del cerebro me hacen sentir que me ahogo, acaricio sin nada de amor esa especie de ampolla que me han puesto en la palma de la mano y estoy convencido de que tendré que apretarla porque estoy muy agobiado,

demasiado agobiado, tan agobiado que no recuerdo haber estado así de agobiado nunca en mi vida.

Es insoportable.

Noto los imanes dar la vuelta alrededor de mi cabeza, noto las ondas electromagnéticas golpear mi tejido cerebral, calentar cada una de mis neuronas. El calor en el interior de mi cráneo es comparable a meter el dedo en una hoguera, tengo la camiseta encharcada de un sudor espeso y el miedo me ha ganado esta batalla. Respiro como alguien a quien le está dando un infarto de miocardio. Voy a morir aquí adentro, da igual que apriete la alarma, el corazón ya está totalmente desbocado y fuera de mi control. No tengo la suerte de declamar una última cita que quedará para la posteridad, no he alcanzado casi ninguna de las metas que estableció un niño demasiado exigente y que, después, casi me olvidó. NO. Simple y llanamente, voy a morir sin dejar rastro, dentro de un estómago de metal que vomita un ruido insoportable.

Pero no me mata ese artilugio. En el momento preciso en que el corazón va a reventar, el ruido se suaviza, parece desconectarse durante unos segundos, me regala unos instantes de pausa suficiente para que recupere la cordura y piense que debo estar casi al final de la prueba.

No estoy al final de la prueba, pero quizás he generado anticuerpos, porque ya soporto la tortura hasta el final. Hasta me permito entreabrir los párpados para observar el interior del féretro de metal. Llevo un casco que me sujeta la cabeza al ataúd y, aunque quisiera, no puedo mover la testa, pero los ojos agotados por una noche demasiado larga miran con curiosidad el interior blanco de la ballena, unas líneas perfectas en gris y un cartel que avisa de algún peligro por radiación. No quiero seguir leyendo, vuelvo a cerrar esas persianas que cubren mis ojos y me centro en la respiración. Vamos, que ya debe quedar poco. No

te rindas, joder, que te sirvan de algo todas las batallas cotidianas y las tragedias que siempre has afrontado con dignidad. Y aunque todavía sufro los estertores de esa máquina durante algunos minutos, al final parece que he sobrevivido, parece que aún me queda algo de vida, cuando me extraen como un supositorio de las fauces de hierro.

La joven, esa niña esclava del cacharro, me explica que el resultado de ese suplicio llegará a mi médica de cabecera en tres semanas. Le pregunto las razones de una espera tan larga y me dice algo así como que son los protocolos, que desde el IMED se ha llegado a ese acuerdo con la administración y bobadas por el estilo. Yo sé que están reventando la sanidad pública con alevosía, que la están calcinando para deshacerse de ella y repartir los pingües beneficios entre los amiguetes y demás aves de rapiña. También sé que algunos de mis amigos gastan un dinero que no tienen en estar asegurados, para no soportar el maltrato y las esperas de la sanidad pública y universal. Otros amigos no pueden pagarla y tienen que joderse con plazos de tiempo incompatibles por la vida, y por ese y otros motivos, se dice que la esperanza de vida está en el código postal. Una aberración, una putada que no dice nada bueno de nosotros, pero una realidad que puede tocarse. Una realidad que muchos seres humanos, como tú y como yo, sufren en carne propia y ajena. Pero no quiero continuar con la perorata porque no soy de moralinas y nunca me han gustado los curas ni los monaguillos.

Tengo la sensación de que voy a morir. Todavía no hay más que un dolor insoportable en el lado izquierdo del cerebro, pero mis instintos casi nunca me han engañado. En mi estado se pueden meter la sanidad por donde les quepa, pero quiero saber, necesito saber, qué hay tocando el tambor dentro del cráneo. Después acudiré a algún chamán, a la religión que más me convenga o me pondré a los pies del yoga y la meditación. Por

lo menos, que afronte lo inevitable sin que nadie a mi alrededor sufra. Porque, aunque sea un gordo casi invisible, una lacra para la sociedad, alguien que no dejará la más mínima huella, algo de mi corazoncito me impide infringir más daño del indispensable. Tengo pocas leyes, pocos dogmas, pero uno de ellos es que no hay razones para compartir el sufrimiento, el mío por lo menos. Serán cosas del catecismo, de haber sido un niño muy raro o culpa de alguna película que no recuerdo, pero es así y punto. El dolor, ese dolor que yo transformo en sufrimiento intenso y febril, se queda solo conmigo.

El secreto

Ya hay demasiado sufrimiento en las vidas de todas esas personitas que me rodean. Algunas, es posible hasta que me aprecien, y no están para que les engorde la lista de los horrores con temas propios de mi ego solitario. Bastante tienen con soportar este mundo del revés, sufrir por cosas que posiblemente nunca pasarán y, por si fuese poco, comprobar que el tiempo corre a una velocidad despiadada.

Así que me dispongo a guardar el secreto mientras me preparo para la despedida final. Bueno, en realidad, es imposible esconder el secreto a todo el mundo y decido, reflexiono, sobre a quién puedo contarle que me quedan cuatro días en este universo. Y no puedo esconder el secreto a todo el mundo porque necesito la cooperación de algún conocido para perpetrar mi despedida sin dolor. Y además tengo la obligación indiscutible de despedirme de dos de mis mejores amigos, los dos con una diversidad funcional superior al setenta por ciento, porque el siete —como todo el mundo sabe— es un número mágico. Y porque los ángeles en este planeta de mierda son etiquetados como subnormales, mientras los subnormales de verdad se agarran como garrapatas a cualquier puesto de poder. ¿Es posible que me esté matando esta visión pesimista? Más de un payaso diría que sí, que todo es consecuencia de la niebla de mis pensamientos. Como veis, más subnormales que acumulan millones de visionados en YouTube. Me muero porque me ha llegado la hora y el universo es un proceso caótico donde nada tiene razón de ser. En realidad, creo que somos un

planeta zoológico de alguna especie alienígena superior, que nos observa como si fuésemos insectos. Para ellos debemos ser algo parecido a insectos de laboratorio, pero esta es otra historia que morirá conmigo o se contará en otro lugar. Cuando Einstein aseguró que Dios no jugaba a los dados, se equivocó. Dios no existe y de existir, sería un ludópata.

¿Cómo explicarle a un cincuentón que la única persona del mundo —aparte de los servicios sociales— que le dedica algo de tiempo y que lo saca de la invisibilidad permanente, se va al otro barrio en breve?

Intento explicarle a Pedro exactamente esa idea. Pedimos en el bar de siempre, el mismo café de siempre, a la misma camarera amargada de siempre, como siempre hemos hecho desde hace quién sabe cuántos años. Estoy convencido de que Pedro tiene interiorizado en su especial cerebro que nuestros encuentros semanales se mantendrán sempiternos, sin variación de ningún tipo, más allá de las estaciones o la mesa que nos toque en suerte.

—Pedro, disfruta de estos cafés porque es posible que no puedan repetirse en el futuro.

—¿Y eso? —Pedro siempre es parco en palabras, y si, por casualidad, pasara por nuestro lado una mujer que todavía no haya cumplido los ochenta años, se le activa un radar natural, enfila los ojos de águila en la dirección de la fémina, y hasta que desaparece de su panorámica, el mundo deja de existir. Es justo en uno de esos momentos de epifanía en los que se me ocurre comentarle que me muero.

—Pues me ha salido algo en la cabeza —intento buscar las palabras más sencillas que me vienen a la lengua—, y me duele como si me estuviesen clavando un cuchillo dentro del cráneo. Me han dicho los médicos que hay algo de nueve milímetros, pero que no se ve demasiado claro en las pruebas. Algo parecido